



Restaurados

— SEMANA DEL REENCUENTRO —

SERMONARIO

ÍNDICE

Sermón 1 Restaurado en medio del desierto	3
Sermón 2 Restaurados en el amor	9
Sermón 3 Restaurados en el perdón	15
Sermón 4 Restaurados en medio de la desilusión	21
Sermón 5 Restaurados y rescatados	27
Sermón 6 Restauración para todos	32
Sermón 7 Restauración eterna	37

FICHA TÉCNICA

Material producido por la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Coordinación general: Secretaria de la División Sudamericana

Colaboración: Pr. Joel Flores

Tapa: Marketing Nuevo Tiempo

Diagramación: Tiago Wordell

Traducción y revisión: Departamento de traducción de la DSA

Año: 2021

RESTAURADO EN MEDIO DEL DESIERTO

Texto: Hechos 8:26

Introducción

(Iniciar reforzando los siguientes puntos del texto bíblico: Felipe estaba en su casa cuando un ángel vino del cielo y le avisó que debería ir al desierto. En el desierto se encontraría con un hombre que volvía del templo de Jerusalén. Iba leyendo el libro del profeta Isaías, pero no comprendía lo que leía. Entonces Felipe se acercó y le preguntó si él entendía lo que leía. El eunuco le dijo que no, lo invitó a subir al carro y le pidió que le explicara. Felipe le presentó a Jesucristo, y el eunuco pidió ser bautizado).

Para comenzar el sermón les pediré que respondan estas preguntas: Imaginen que el cielo decidió que hoy los llamará a tomar la decisión de entregar su vida a Dios haciéndolo público por medio del bautismo. ¿Cómo sería más fácil para usted recibir ese llamado y tomar una decisión por el bautismo, a través de un ángel o a través de un ser humano?

Piense conmigo, imagine que llega un ángel ahora y se pone frente a usted con alas de ángel, corona de ángel, brillo de ángel y espada de ángel. Imagine que le dice: "Hola, soy un ángel de Dios y fui enviado para hacerle la invitación de aceptar a Jesús y que lo haga públicamente a través del bautismo". Me imagino que la mayoría de las personas aceptarían rapidito el bautismo y así el evangelio sería predicado en pocos minutos. Habría una conversión en masa.

La pregunta para responder ahora es: ¿Por qué en el caso del eunuco Dios no envió directo al ángel para que hablara con él en el desierto? Ya que el ángel haría un viaje desde el cielo a la tierra, ¿por qué no ir directo a hablar con el eunuco? En vez de hacerlo, fue a la casa de Felipe y le pidió a Felipe que fuera a hablar con el eunuco. Siendo que el riesgo de que el eunuco no aceptara la invitación a través de un ser humano era mayor.

Existen por lo menos dos respuestas para esa pregunta importante. Es la comprensión de esas respuestas lo que nos hace entender el método de Dios para salvarnos.

I – El método de Dios

La primera respuesta es más obvia: para presentar la salvación a los hombres, Dios usa hombres y no ángeles. La verdad es que si usted quiere encontrar la verdad, debe creer en los instrumentos enviados por Dios para su salvación.

En cierta iglesia, un hombre llamado Carlos fue bautizado. Su decisión no era la más sencilla o fácil de tomar. Ya era un hombre de experiencia y toda su vida adulta había experimentado todo tipo de vicios imaginables. Cierta día, su vecino resolvió ofrecerle estudios bíblicos con la esperanza de que el poder del evangelio lo librara de esa vida de vicios y autodestrucción. Carlos fue bautizado y quedó libre no solo de un pasado de pecado y condenación, sino también de los vicios que lo dominaban en el presente. Su vida ahora tenía brillo, luz y alegría. Ahora imagine ¿qué sería de la vida de Carlos si él hubiera esperado que un ángel viniera del cielo y lo condujera a una decisión por el bautismo? ¿Dónde estaría hoy si no aceptaba a ese vecino como un instrumento de Dios para su salvación?

¿Logra comprender? ¿Quién lo invitó a estar aquí hoy? ¿Un vecino, su esposo, su esposa, su hijo? Hay una historia por detrás de esa invitación que tal vez usted todavía no captó. Muchas de esas historias recién se revelarán cuando lleguemos al cielo. Algunas de las historias son más o menos así: su esposa o hijo o padre o amigo está orando por usted hace mucho tiempo, le pide a Dios el momento ideal para invitarlo a esta semana, y lo que él no sabe es que algunas cosas están sucediendo en su vida en los últimos meses que lo hicieron bajar un poco el ritmo y estar disponible para aceptar la invitación de asistir a un sermón. Entonces, en el mundo invisible y espiritual, su ángel se comunicó con el ángel de la persona que lo invitó y ella fue el instrumento de Dios para que usted estuviera aquí hoy. ¿Comprende?

Dios tiene un plan maravilloso para su vida y usó a la persona que lo invitó para estar aquí hoy para que ese plan se hiciera realidad. Yo me emociono al imaginar cómo será escuchar en el cielo las historias de todo lo que sucedió por detrás de las invitaciones a una semana como esta. Entonces, sepa que Dios lo está buscando. Y hoy una vez más él lo demuestra a través de la manera cómo usted llegó aquí.

II – El argumento de Dios

En la introducción dije que había por lo menos dos respuestas para la pregunta de por qué Dios envió a Felipe y no al ángel. Y la segunda respuesta tiene que ver con el argumento de Dios para salvarnos. Seamos sinceros, si un ángel aparece con brillo, espada y alas y le dice que debe tomar la decisión por el bautismo, ¿cuál sería su primer sentimiento? Yo nunca vi un ángel, pero imagino que la mayoría de las personas, así como yo, temblaría delante de un ángel y aceptaría cualquier cosa que le dijera por temor y no por voluntad propia. Y ahí está el segundo motivo por el cual Dios no envía un ángel.

Nuestra decisión de seguirlo nunca debería ser por temor sino por amor. Algunos dicen que Dios llama por amor y, cuando no funciona, él usa el dolor. Sinceramente yo no creo en ese argumento porque no hay ningún poder mayor que el poder del amor. Dios siempre llama por amor, pero de tanto rechazar el amor de Dios, inevitablemente viene el dolor y el sufrimiento y las decepciones de la vida. No es que Dios se cansa de amar y usa un “poder mayor” que el amor llamado dolor. No. Es el rechazo del amor de Dios que nos lleva inevitablemente al dolor y al sufrimiento, pero aun así en medio del dolor y el sufrimiento, Dios continúa extendiendo sus brazos de amor e invitándolo a una decisión por vida eterna.

Yo no sé cuánto tiempo usted ha rechazado las invitaciones divinas de volver a los brazos de amor de Jesús. No sé cuánto tiempo usted está apartado de los caminos de Dios y viviendo una vida vacía y sin un sentido real. Pero Dios lo está invitando a través de este sermón, la persona que lo invitó a venir y de la música que escuchó. Dios lo está invitando a volver. Todo lo que escucharemos esta semana tiene como objetivo mostrar el único argumento de Dios para invitarlo: él lo ama y no renunciará a usted, aunque llegue el dolor a su vida y las decepciones tomen el control de su corazón. Dios estará allí con el único argumento disponible: ¡Yo te amo!

III – Una prueba de amor

Tal vez usted esté pensando que esas palabras son solo retóricas del sermón, pero hay otro punto de la historia del eunuco que nos hace comprender ese amor divino. La Biblia afirma expresamente que el eunuco estaba en el desierto. ¿Qué existe en el desierto? Eso mismo, nada más que vacío y arena.

El eunuco estaba solo en medio del desierto, sus parientes no sabían dónde estaba, los amigos no sabían, su patrona, la reina de Etiopía, no sabía dónde estaba, pero el Dios del Universo sabía dónde estaba y no solo sabía, también veía que su corazón estaba tan vacío como el desierto que atravesaba, y envió un ángel a la casa de Felipe, y Felipe fue al encuentro del vacío de su corazón con una palabra de esperanza.

Entonces, no piense que hablar del amor de Dios por usted es solo una retórica del sermón. Una de las cosas más extraordinarias de la Biblia es la revelación de que para Dios no somos un aglomerado de personas o un número en un computador. Para Dios usted es único y especial. Él sabe exactamente el desierto que usted está pasando, sabe cuántas lágrimas derramó de ayer a hoy, sabe que usted está a punto de perder su empleo, sabe las dificultades que usted enfrenta con sus hijos. Sabe el desierto que usted está atravesando y me envió aquí hoy para darle un mensaje. El mensaje es que él lo ama y sabe exactamente por lo que usted está pasando. Él no vino personalmente, sino que me envió como instrumento para decirle que sabe exactamente por lo que usted está pasando y está a su lado en este momento para atravesar el desierto con usted y conducirlo con seguridad a la Canaán celestial.

IV – Una decisión personal

El eunuco entendió ese amor divino, no simplemente por la presencia de Felipe, sino por la comprensión del texto bíblico que estaba leyendo ese día. El texto bíblico que leímos dice: “El pasaje de la Escritura que leía era este: Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca. [...] Respondiendo el eunuco, dijo a Felipe: ‘Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto, de sí mismo, o de algún otro?’ Entonces, Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús” (Hechos 8:32; 34, 35).

El eunuco venía del templo de Jerusalén, tenía en la mano la Biblia abierta, conocía los rituales de los judíos, pero no conocía a Jesucristo. Ese es el punto entre la vida y la muerte en el aspecto espiritual. Usted necesita un encuentro personal con el Cordero que murió por usted en la cruz del Calvario.

Santiago es hijo de un abogado exitoso. Su padre siempre fue un adventista reconocido por la comunidad como un líder espiritual, pero a medida que Santiago crecía, veía la incoherencia en la vida de su padre y comenzó a creer que las reglas y doctrinas de la iglesia no tenían sentido en el mundo real. Su padre no le permitía que fuera al cumpleaños de sus amiguitos pues decía que era una fiesta pagana; los sábados de tarde sufría al mirar por la ventana y ver a sus amigos jugando mientras él no podía moverse para no quebrantar el sábado. A medida que crecía, comenzó a sentirse prisionero de reglas y normas que no le producían felicidad.

Cuando Santiago tuvo la edad para poder tomar sus propias decisiones, decidió abandonar la iglesia y todo lo que había aprendido. En su mente, la única manera de ser libre era apartarse de la iglesia. Decidió hacerlo gradualmente para no tener que enfrentar una guerra con sus padres. Comenzó a faltar a los cultos del sábado y, por desgracia, notó que nadie notaba su ausencia. Finalmente, decidió cortar definitivamente los lazos con la iglesia y experimentar lo que él llamaba libertad, pero esa libertad lo llevó por caminos de dolor. Su matrimonio terminó en divorcio, y él comenzó a involucrarse en vicios antes desconocidos. Un día se dio cuenta de que su vida se había transformado en un desierto vacío y sin paz. Consideró volver a la iglesia y comenzó a estudiar la Biblia nuevamente. En la Biblia encontró en Jesucristo a un amigo, alguien que quería su corazón antes que su obediencia y se dio cuenta que, así como el eunuco, nunca había conocido a Jesús y su amor. Él conocía las reglas y doctrinas, pero estas solo tienen sentido si usted experimenta el amor maravilloso de Dios que va a su encuentro en el desierto que usted está atravesando y le muestra amor, cuidado y amparo.

Santiago conoció a ese Jesús y toda la doctrina bíblica comenzó a tener sentido para él. Tal vez usted se identifique con esta historia y quiere hoy conocer a ese Dios que lo mira con amor y se acerca con cuidado y ternura.

El eunuco de la historia bíblica era un alto oficial, un hombre importante y de prestigio, pero ninguna riqueza o reconocimiento social era capaz de llenar el vacío

que tenía en medio de aquel desierto. Solo Jesús es capaz de hacer que un desierto tenga vida y vida en abundancia. Y ¿sabe cómo sucedió eso en la vida del eunuco?

Conclusión

La Biblia dice que cuando el eunuco percibió el amor y el cuidado de Dios demostrado a través de la muerte de Jesús en el Calvario, tuvo una reacción:

"Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: 'Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?' Felipe dijo: 'Si crees de todo corazón, bien puedes.' Y respondiendo, dijo: 'Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.' Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó" (Hechos 8:36-38).

La comprensión de quién es Jesús y el amor demostrado por él en la cruz del Calvario, nos debe llevar a una acción. Y la primera acción para demostrar la aceptación del amor divino es el bautismo. Así es, el bautismo es una declaración pública de que comprendí lo que Jesús hizo por mí en la cruz del Calvario y que yo quiero vivir el resto de la vida unido a ese amor. Por ese motivo la Biblia compara la relación con Dios con un matrimonio.

Dos cosas son semejantes entre el bautismo y el matrimonio.

1º: Un matrimonio no descubre que se ama el día del casamiento, ya se amaban y el casamiento es una declaración pública de ese amor. Usted invita a las personas importantes para usted y, a través de la ceremonia del casamiento declara públicamente su amor. Lo mismo sucede en el bautismo, usted conoce a Cristo y descubre cuánto es el amor que tiene hacia usted y esa comprensión lo lleva a sentir el deseo de demostrar públicamente que tiene un compromiso serio con Cristo. No solo como un noviazgo en el que se encuentra algunas veces, sino que tiene un compromiso real. El bautismo es un casamiento y un compromiso público de su amor por Jesús.

2º: El bautismo, así como el casamiento, no me transforma en otra persona de la noche al día. Después del casamiento viene la convivencia con sus desafíos y diferencias. El matrimonio comienza a descubrir sus incompatibilidades y nota que solo el amor de uno por el otro es capaz de superar y vencer las diferencias al punto de llegar a ser uno. En el bautismo sucede algo semejante, usted sale del agua del bautismo con la naturaleza pecaminosa y las luchas personales que tenía antes del bautismo, pero dispuesto a vivir al lado de Cristo y caminar con él hasta que un día pueda decir como el apóstol Pablo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gálatas 2:20).

¿Sabe cómo termina la historia del eunuco? Termina con algunas palabras sencillas pero profundas. La Biblia nos dice que él "y siguió gozoso su camino" (Hechos 8:39). Hasta ese momento su vida era tan desierta como el desierto en el que estaba, pero después del bautismo el desierto del corazón floreció y se transformó en un manantial de agua de vida. Me gusta imaginarlo llegando a su casa, en el trabajo

y reencontrándose con los amigos después del bautismo. Me gusta imaginar su rostro brillando de alegría por el maravilloso encuentro que tuvo con Jesús.

¿Recuerda la historia de Carlos que conté al inicio del sermón? Vea lo que ocurrió con él: después del bautismo se entregó completamente a Jesús y fue tomado por el deseo de testificar sobre su nueva vida en Cristo. Su vida era un testimonio poderoso del poder del evangelio. Las personas simplemente no podían creer lo que veían. ¿Cómo alguien que vivía sucio, echado en las veredas y ajeno a lo que sucedía en la sociedad estaba ahora vestido con ropa limpia, y andaba con la cabeza erguida y una sonrisa en los labios?

Generalmente, la mayoría de los vicios no son solitarios, y los amigos de Carlos, que por años vivían como él había vivido, comenzaron a buscarlo para saber qué le había ocurrido. Él tenía una explicación, y siempre estaba dispuesto a compartirla. Él decía: “Yo estaba muerto y reviví, estaba perdido y fui encontrado”. Esos amigos de adicciones comenzaron a acompañarlo a la iglesia y a asistir a los cultos y conocieron el camino de libertad que él había experimentado. Durante todo el programa, Carlos se sentaba cerca de ellos para intentar mantener el orden. Y cuando alguien le preguntaba el motivo por el cual estaban yendo a la iglesia, respondían emocionados: “Quiero ser igual al hermano Carlos”.

Llamado

Estamos iniciando esta semana, y me gustaría que usted sepa desde el comienzo lo que le espera. Con cada mensaje descubriremos un poco del inmenso amor de Dios por nosotros, y también recibiremos la invitación de responder a ese amor. A cuántos les gustaría decir hoy: “Señor acepto tu amor por mí, me doy cuenta de que tu presencia en mi vida puede transformar mi desierto en un jardín, y en este momento quiero volver a tus brazos de amor”. Me gustaría orar hoy por los que deciden entregarle la vida a Cristo a través del bautismo y por los que quieren regresar a los brazos de amor de Dios a través de un nuevo bautismo.

RESTAURADOS EN EL AMOR

Texto: Jeremías 31:3-4

Introducción

En 1988 el compositor y cantor Bobby McFerrin se hizo mundialmente famoso al grabar una música con el título "Don't worry, be happy". Esa pequeña canción atrajo la atención del mundo ese año, alcanzando el tope de las presentaciones, vendiendo dieciocho millones de copias y ganando dos premios Grammy. El mundo entero tocaba esa canción. La letra de la música es la siguiente:

Aquí está una pequeña música que escribí.
Usted podrá querer cantar nota por nota.
No se preocupe, sea feliz.
En la vida tenemos algunos problemas,
pero cuando usted se preocupa, aumentan el doble.
No se preocupe, sea feliz...
Porque cuando usted se preocupa, su rostro está fruncido,
y eso derribará a todo el mundo.
Por lo tanto, no se preocupe, ¡sea feliz!

El problema es que nosotros sí nos preocupamos, ¿no es así? No importa cuán cautivante sea la amonestación melódica para no hacerlo. Basta con mirar a la realidad del mundo en el que vivimos, lleno de desesperación, enfermedad, divorcios, muerte, corrupción, etc.

No basta con tararear: "No se preocupe, sea feliz". Pero en realidad, como seres humanos, nos preocupamos y no estamos felices.

El sitio web de la Organización Panamericana de Salud informa que cerca de 800 mil personas se suicidan todos los años. El suicidio es la segunda causa principal de muerte entre jóvenes con edad entre 15 y 29 años¹.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala que los impactos de la pandemia de COVID-19 pusieron a 108 millones de trabajadores en la pobreza en todo el mundo. La OIT estima que, en 2022, 205 millones de personas estarán desempleadas en todo el mundo².

1. <https://www.paho.org/pt/topicos/suicidio>. Acessado em 09/09/2021.

2. <https://www.redebrasilatual.com.br/trabalho/2021/06/desemprego-oit-mundo-dieese/>. Acessado em 09/09/2021.

I – La destrucción inminente

Vamos a verlo, la frase “no se preocupe, sea feliz” simplemente no resuelve nada, ¿verdad? Podemos cantar las palabras hasta que estemos con el rostro azul, pero en el fondo de nuestras almas, usted y yo sabemos que la preocupación y la ansiedad nunca están tan lejos.

Por toda esa realidad es que estamos viviendo en el mundo actual, y el texto del profeta Jeremías se hace tan relevante. Muchos llaman a Jeremías “el profeta llorón”. Si usted estudia con detalles el contexto de la vida de Jeremías, descubrirá que él tenía muchos motivos para lamentarse. Con su caja de pañuelos abarrotada de preocupaciones sobre lo que está por venir para su amada nación y ciudad natal Jerusalén, Jeremías hacía décadas venía alertando a sus vecinos sobre el juicio y el desastre inminentes.

El problema era que el lema del pueblo de Israel en el tiempo de Jeremías era “no se preocupe, sea feliz”, y el mensaje profético de Jeremías era “prepárense porque vendrán desastres y tristeza”. Por eso los índices de aprobación del profeta se desmoronaron. Pero entonces, un día, la situación en Jerusalén comenzó a mostrar que Jeremías tenía razón. De la noche al día, la economía se volvió andrajosa; la ciudad vivía una decadencia social sombría; la sociedad estaba en una hemorragia moral incesante. Las noticias difícilmente podrían ser peores. El pueblo comenzó a preguntarse: ¿será que el profeta rezongón estaba en lo cierto todo el tiempo? ¿Estamos bajo el juicio divino por las maldades que hicimos? En Jerusalén nadie más podía silbar “No se preocupe, sea feliz”. Y como prueba de que las malas noticias pueden “empeorar”, la población se despertó una mañana para encontrarse con su enemigo mortal, Babilonia, con miles de soldados armados acampados literalmente en la puerta de Jerusalén. ¡El fin estaba cerca!

II – La solución divina

Últimamente hemos vivido con nuestros propios incesantes titulares de malas noticias.

En medio de todas esas noticias terribles, el Dios del Universo interrumpe su oscuridad y desgracia con una de las más impresionantes buenas noticias ya presentadas a la humanidad. Directo del corazón del Eterno y, dada la semejanza con el tiempo en que vivimos, esas noticias son increíblemente buenas para mí y para usted también.

Vea lo que escribió Jeremías:

“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: ‘Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en alegres danzas’” (Jeremías 31:3, 4).

¿Danzando de alegría con tamboriles? ¡Usted solo puede estar bromeando! Parece que Dios está diciendo: “No se preocupe, sea feliz”, pero eso en la víspera de la destrucción inminente. ¿No parece una locura?

Pero esa es precisamente la promesa de Dios. Lea esto nuevamente en el texto:

“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: ‘Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en alegres danzas’” (Jeremías 31:3, 4).

¿Cómo puede ser que alguien dance de alegría en medio de la realidad en que vivía la sociedad en tiempo de Jeremías? La única explicación para esa alegría desenfrenada es la noticia sorprendente de que ese Dios del Universo nos ama, ¿puede creerlo? Él nos ama con un amor eterno. Piense en eso. Eterno significa exactamente eso: “que dura para siempre”, lo que significa que no importa cuántas veces los demás hayan renunciado nosotros, hay alguien que no lo hará.

Esta semana escucharemos sermones que terminarán con un llamado para que las personas entreguen sus vidas a Cristo públicamente a través del bautismo y también invitaremos a las personas que un día pasaron por la maravillosa experiencia del bautismo, pero por esas cosas de la vida se apartaron y necesitan regresar públicamente a los brazos de Cristo a través de un nuevo bautismo. Y tal vez uno de los mayores impedimentos para el regreso de algunos a la iglesia sea el pensamiento de que ya fuimos demasiado lejos como para regresar, y el amor de Dios ya no nos puede alcanzar.

Ese era el motivo por el cual Lindsey creía tan difícil regresar (esta historia es verídica, pero el nombre es ficticio para proteger su identidad). Ella dice que todos los sábados se despierta pensando: “Yo debería ir a la iglesia hoy”, pero todo lo que ya vivió y experimentó en el tiempo en el que estuvo fuera de la iglesia, la lleva a pensar que ya no puede regresar. Ella siente que ya fue mucho más allá de la posibilidad de regresar al amor de Dios.

Exactamente para responder a ese tipo de pensamiento Dios le habla a su pueblo a través del profeta Jeremías: “Con amor eterno te he amado”. Jeremías presenta la promesa de que Dios no renunciará a nosotros. No importa cuántas veces hayamos fallado, a nosotros mismos, a otros y a él, su amor no nos abandonará.

¡No es de admirar que las personas estén danzando de alegría! Porque aun cuando dejamos de confiar en Dios, él no deja de creer en nosotros. Durante cuarenta años, el profeta con llanto imploró a su ciudad natal que volviera a Dios. Pero por cuarenta años la nación decidió permanecer lejos de Dios y, cuando finalmente la consecuencia llegó y la destrucción estaba a las puertas, Dios envió un mensaje de bondad y no de venganza. Y ¿cuál es la promesa de Dios que Jeremías entregó de prisa a los condenados? “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi

misericordia". Para un pueblo que desperdició su vida y no aprovechó las oportunidades, viene esta promesa del amor eterno de Dios, y es para siempre.

La nación de Israel, así como nosotros, se volvió un pueblo "amante de sí mismo". Nada es demasiado sagrado para ser dejado, si así lo sentimos. Salimos de la escuela si nos parece molesta y difícil; salimos de la casa de nuestros padres si no nos gusta estar ahí; dejamos nuestros empleos, nuestros matrimonios y nuestras iglesias. Y aun así Dios nos dice: "Te amo con amor eterno".

III – El amor del Calvario

Eso es precisamente lo que Jesús estaba con muchos deseos de decirnos en la cumbre rocosa de una colina llamada Gólgota. Cuando Jesús extendió sus brazos y ellos lo clavaron en una cruz, fue el sumun de la verdad sobre el amor eterno de Dios. Porque la propia postura en que fue físicamente inmovilizado, los brazos extendidos en un abrazo abierto sujetado con clavos, su cabeza y pies perpendiculares a los brazos, Jesús estaba suspendido entre el cielo y la tierra. Cristo revelaba en la cruz su amor eterno al mundo, y siempre para agregar una vida quebrantada más para sí mismo.

¿Escuchó usted de su última oración en la cruz? "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Amor eterno, ¿también ante la muerte? El retrato de Dios nunca brilló más intensamente que en esa oración de muerte. Pues, al hacer esa oración, Jesús reveló la verdad suprema que cualquier ser humano puede descubrir sobre Dios, que por naturaleza es amoroso implacable y perdonador incondicional. Ese punto es esencial porque algunos pintan una imagen dura y severa de Dios, alegando que él necesitaba la cruz para transformarse de acusador a perdonador. Pero la verdad es que Dios no necesitaba el Calvario para cambiar de idea sobre nosotros. Él necesitaba del Calvario para cambiar nuestras mentes y pensamientos sobre él.

"Con amor eterno os he amado", nos dijo Jesús. Amor implacable, perdón incondicional.

Y ¿notó usted que ese viernes fatídico, ese que ahora llamamos Viernes Santo, no había una sola alma en la cumbre de esa colina que pidió perdón, solo un ladrón moribundo al final del día? Ninguno de los soldados romanos burlones, ninguno de los espectadores malditos, ninguno de los clérigos arrogantes, nadie, excepto un ladrón pidió perdón. Aun así, Jesús miró a la multitud que rodeaba la cruz y murmuró su oración: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Asesinaron al Inocente, y a pesar de eso, su oración por ellos fue el silencioso "Perdónalos".

En su libro *Os girassóis* [los girasoles], el fallecido Simon Wiesenthal revive la narración emocionante y sombría del día cuando fue secretamente retirado de su grupo de trabajo forzado, cuando era un joven judío prisionero en un campo de concentración nazi, y conducido por una enfermera inexpresiva por las escaleras y descendió el corredor de un hospital polaco cercano. Finalmente, se vio al

lado de la cama de un soldado nazi moribundo con el rostro completamente vendado, excepto por cuatro aberturas: una para la boca, una para la nariz y dos para las orejas. Manchas amarillas corrían por los vendajes donde deberían estar los ojos. La enfermera salió y el soldado tanteó en busca de la mano del joven. Y cuando, con un susurro ronco el hombre habló, confesó que torturó y mató en un solo día cerca de 200 judíos indefensos. Atormentado por las pesadillas de su crimen terrible, el último pedido desesperado del moribundo a su enfermera fue que buscara a un judío, cualquier judío, a quien le pudiera confesar su pecado y pedirle perdón. Y entonces, usted ¿me perdonará? Fue la súplica del soldado moribundo. Wiesenthal describe la batalla violenta dentro de su propio corazón mientras él se sentaba al lado de la cama: “¿Debo perdonarlo o no? Por fin, sin decir una palabra, salió de la sala.

Veinticinco años después, todavía afectado por aquella confesión en el lecho de muerte y su decisión de no perdonar, Simon Wiesenthal, quien milagrosamente sobrevivió al Holocausto, pero perdió ochenta y seis parientes y seres queridos, termina su narración con estas palabras: “Usted, que terminó de leer este episodio triste y trágico en mi vida, puede cambiar mentalmente de lugar conmigo y hacerse la pregunta crucial: ¿Qué hubiera hecho yo?³

¿Qué hubiera hecho yo? ¿Qué hubiera hecho usted? Sabemos lo que Jesús de Nazaret hizo, acabamos de oírlo orar: “Padre, perdónalos”. Es la oración de un amor eterno, ¿o no? Y si él oró por sus verdugos, si él oró por los ladrones entre los cuales fue clavado, si él oró esa oración por la turba que lo condenó en la cruz, ¿no haría la misma oración por el nazi moribundo, no oraría por los vivos y moribundos como yo y como usted también? ¿En verdad existe un pecado tan horrendo, un pecador tan reprensible que el amor eterno de Dios no pueda perdonar o no perdonó ese viernes fuera de Jerusalén?

Considere estas palabras profundas de El Deseado de todas las gentes, el clásico devocional sobre la vida de Jesús:

“Esa oración de Cristo por sus enemigos abarcaba al mundo. Abarcaba a todo pecador que hubiera vivido desde el principio del mundo o fuese a vivir hasta el fin del tiempo. Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios. A todos se ofrece libremente el perdón. “El que quiere” puede tener paz con Dios y heredar la vida eterna.”⁴

Conclusión

¿Lo comprende? Usted y yo, todos nosotros, el mundo entero, toda la raza humana, fuimos perdonados ese viernes hace mucho tiempo. “A todos se ofrece el perdón gratuitamente”. No importa cómo haya vivido usted, no importa lo que usted haya hecho. Existen solo dos palabras para describir un perdón tan completo y gratuito: “amor eterno”.

3. Simon Wiesenthal, *The Sunflower* (New York: Schocken Books), p. 98.

4. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, 694.

¿Comprende lo que significa eso? Cuando usted falla y cae, y su pecado llena su corazón, y está oprimido por su propia culpa, cuando ya confesó ese pecado mil veces antes, cuando su conciencia torturada lo lleva a querer renunciar a sí mismo y desistir de Dios, recuerde lo que Dios es por naturaleza, él no puede ser de otra forma y ser él mismo, un amante implacable y un perdonador incondicional. Láncese con su culpa en el abrazo extendido del Calvario. No porque Dios necesite ser persuadido, sino porque necesito recordar el precio exorbitante de mi pecado, el costo exorbitante de su amor. Amor eterno.

Escuche, Dios le dice hoy: "No se preocupe, si viene a mí, será feliz".

Llamado

Querido hermano en Cristo, no importa cuánto tiempo estuvo lejos de los caminos de Dios, hoy usted puede decir: Yo acepto ese amor eterno demostrado por mí en la cruz del Calvario. Yo decido volver a los brazos que siempre estuvieron abiertos para recibirme.

El regreso no siempre es fácil, pero el amor de Dios puede restaurarlo y traerlo de nuevo a los brazos de amor de Dios. Me gustaría orar en este momento por dos grupos especiales de personas. En primer lugar, quiero orar por los que nunca pasaron por la maravillosa experiencia del bautismo y que hoy les gustaría tomar esa decisión. Y también quiero orar por los que les gustaría volver a la casa de Dios y públicamente confirmar ese regreso a través de un nuevo bautismo.

No pierda esta oportunidad. Yo voy a orar por usted ahora. No importa si en algún momento de su caminata espiritual usted haya dejado de experimentar ese grandioso amor de Dios. Hoy es una nueva oportunidad de recomenzar y ser restaurado por el amor de Dios.

RESTAURADOS EN EL PERDÓN

Texto: Romanos 5:19-21

Introducción

Cierto día una joven entró en la oficina de un pastor y dijo en medio de lágrimas: "Yo sé en mi razonamiento que Dios me perdonó, pero en mi interior siento que Dios nunca me perdonará por el aborto".

Vacilante el pastor preguntó: "Usted cree que su error es más ofensivo a Dios que..."

"No solo fue un 'error', gruñó. "Fue un asesinato. Y, sí, creo que Dios tiene más dificultad en perdonar un asesinato que otro pecado cualquiera".

Al final de la conversación, el pastor notó que esa joven estaba aferrada a la noción de que Dios nunca la perdonaría porque ella consideraba su pecado imperdonable. El pastor intentó convencerla de lo contrario, presentando los siguientes textos bíblicos sobre el perdón de Dios:

"En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia" (Efesios 1:7).

"De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado" (Daniel 9:9).

"El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados" (Colosenses 1:13, 14).

"Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones" (Salmo 103:12).

"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:1).

Aquella joven creía en la Biblia. Al salir de la oficina, dijo que el estudio de la Biblia fue "reconfortante", pero que simplemente no podía aplicar los textos a su historia. Ella luchaba cada día para experimentar el perdón de Dios.

Lo que ocurrió con esa joven también ocurre con muchos de nosotros. Cognitivamente creemos en el perdón de Dios. Muchas veces predicamos sobre el perdón

de Dios. Conocemos los textos bíblicos sobre el perdón de Dios. Pero cuando se trata de experimentarlo, tememos que tal vez nuestra cuenta esté en el límite y que nuestros pecados amenazan con llevar a la quiebra el Banco de la misericordia de Dios. En la travesía de experimentar el perdón divino tenemos que responder algunas preguntas.

I - ¿Perdona Dios pecados grandes?

El rey David es el joven ejemplo de los grandes pecados. Él cometió varios pecados, pero la marca definitiva en su legado sería su historia con Betsabé y el subsecuente asesinato del marido de ella, Urías. Escuche el alma atormentada de David:

"Porque tus saetas cayeron sobre mí, y sobre mí ha descendido tu mano. Nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado. Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí. Hieden y supuran mis llagas, a causa de mi locura. Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día. Porque mis lomos están llenos de ardor, y nada hay sano en mi carne. Estoy debilitado y molido en gran manera; gimo a causa de la conmoción de mi corazón" (Salmo 38:2-8).

Ese no es un pasaje bíblico de alegría.

La angustia de David nos recuerda la angustia que nos sobreviene como resultado de no permitir que Dios perdone nuestros pecados. No recibir el perdón divino puede consumirnos desde adentro hacia afuera. Úlceras, dolor de cabeza, presión alta y una serie de otras enfermedades se desarrollan por pecados no resueltos. El psiquiatra Karl Menninger afirmó una vez que, si pudiera convencer a los pacientes en los hospitales psiquiátricos de que sus pecados fueron perdonados, el 75% de ellos podrían salir al día siguiente.

Queda claro que experimentar el perdón de Dios tiene enormes implicaciones para la salud espiritual, emocional y física. Dejar de recibir el perdón de Dios por nuestros pecados aprisiona el alma.

Un joven que conducía ebrio chocó con otro auto en una carretera y condujo a la muerte a una madre y su hijita de dos años decía llorando en la prisión: "Merezco pudrirme aquí. Merezco que arrojen la llave de mi celda afuera. Yo quité dos vidas, no merezco el perdón de Dios ni de la familia de las personas que maté".

La gran verdad es que ese joven estaba en lo correcto. Estaba exactamente donde merecía estar. Pero el perdón viaja a un terreno complicado de los que no lo merecen. Por eso, el perdón es tan complejo que nunca se merece. Es una aventura del dominio de la justicia al dominio de la gracia. Juan Calvino escribió: "Si mereciésemos perdón, no lo necesitaríamos; y si el perdón se basara en nuestro merecimiento, perderíamos la esperanza para siempre y nuestras conciencias permanecerían en terror perpetuo".

Terror perpetuo: este es el estado del alma que no puede aceptar el perdón de Dios. Ahora usted puede vivir en ese estado si insiste, pero no es necesario. No importa cuán colosal sea su pecado, él no eclipsa el margen de la misericordia de Dios.

Como David, usted puede encontrar sanidad. Él escribe:

"Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: 'Confesaré mis transgresiones a Jehová'; y tú perdonaste la maldad de mi pecado" (Salmo 32:5).

II - ¿Perdona Dios el pecado que cometo vez tras vez?

Tal vez, usted pasó rápidamente por la gran cuestión del pecado; al final, quizás usted no tenga un asesinato en estado de descomposición en el portafolio de fracasos. Su pecado no es una gran transgresión pública, son pequeños pecados particulares y compulsivos, chismes, pornografía, orgullo, gula, nada que llame la atención de la junta de la iglesia, pero pecados que lo atrapan de la misma forma. Usted se pregunta: ¿se cansa Dios de escuchar la confesión de ese viejo pecado? ¿En qué punto dejará de perseguirme?

¿Está cansado de volver día tras día? ¿Se apartó de la iglesia para no tener que vivir una vida de hipocresía por no lograr mantenerse firme? ¿Quiso decirle basta a la actitud de pedir perdón por el mismo viejo y conocido pecado? Anímesese, mi amigo. Considere las palabras de un compañero que luchó contra la misma cuestión.

"Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

Pero la ley se introdujo para que el pecado abundara; más cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que, así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro" (Romanos 5:19-21).

En el capítulo cinco de Romanos, encontramos dos veces la frase "mucho más" (ver 15 y 17), y una vez "sobreabundó" (v. 20). Cristo, con su muerte, realizó mucho más que los efectos de la caída. Los beneficios recibidos de Cristo, el segundo Adán, están en proporción inversa al desastre que heredamos del primer Adán. Cristo ofrece a todos los hombres el perdón gratuito de todos sus pecados. Pero mucho más se promete con el don de la gracia sobreabundante de Dios. En Cristo, somos creados de nuevo, y en la nueva creación de Dios, queda expulsado el pecado que fue introducido por Adán. Cuando Cristo murió, la vieja raza "en Adán" murió también; cuando él resucitó, la nueva raza resucitó con él. Por nuestra identificación con Cristo, morimos y resucitamos con él, y eso significa precisamente la muerte al pecado. La muerte de Cristo fue, por lo tanto, la anulación del pecado, la liberación provisoria de los hombres de la "ley del pecado y de la muerte", para que pudieran cumplir la ley de Dios con el poder del Espíritu de Dios.

El apóstol Pablo deja claro que, por medio del pecado de un hombre, a saber, Adán, todos pecamos. Pero por medio de la obediencia de un Hombre, a saber, Jesucristo, hay perdón. Sí, hasta el perdón por ese viejo pecado que continúa repitiéndose. Pablo afirma que donde el mismo viejo pecado aumentó, la gracia aumentó todavía más. Simplificando, hay perdón para el mismo pecado antiguo.

Dios nos da una nueva oportunidad cada vez que realmente confesamos nuestros pecados y nos arrepentimos. Es difícil imaginar cómo eso es posible para Dios, ¿no? Nuestro sentido intuitivo de justicia desafía la propia noción de gracia. Por eso luchamos tanto con la cuestión de si Dios continuará o no perdonando por el mismo pecado. Eso nos parece escandaloso. Nos parece injusto. Sin embargo, tenemos que entender que eso es la gracia divina. Donde el pecado abunda, la gracia abunda mucho más. Aunque usted pueda haber caído en el mismo pozo varias veces antes, hay gracia para el pecador arrepentido. Siempre existe perdón.

III - ¿Perdona Dios realmente mis pecados?

Aunque las Escrituras dejan pocas dudas sobre la naturaleza amplia e interminable del perdón de Dios por todos los pecados, no importa cuán grande o con qué frecuencia, muchos de nosotros todavía luchamos para hacerlo personal. Una cosa es que el rey David o el apóstol Pablo experimentaron el perdón de Dios, pero ¿es eso realmente posible para mí? Jesús responde enfáticamente desde la cruz.

“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:13-15).

En el versículo 13, Pablo se refiere a la realidad espiritual que está por detrás de la señal física del bautismo mencionado anteriormente en el versículo 12. Ya estábamos muertos en nuestras transgresiones, impuros y separados del pacto de Dios y su pueblo: “incircuncisos” en la carne. Sin embargo, por la gracia por medio de la fe y basados en la muerte y resurrección de Cristo, fuimos perdonados de todos nuestros pecados. Nuestra deuda fue cancelada. La primera parte del versículo 13 afirma la muerte de los lectores por las transgresiones y su vivificación en unidad con Cristo. La última parte de este versículo indica que el hecho de ser vivificados involucra el perdón de todo lo que antes los había separado de Dios. En otras palabras, perdón y ser vivificado son dos facetas del mismo acto de la gracia divina.

Pablo continúa diciendo que Dios (en Cristo) “los exhibió públicamente”. O sea, los expuso a desgracia pública al exhibirlos al universo como sus cautivos. Las palabras que siguen, “triunfando sobre ellos en la cruz”, expanden esa idea. La imagen, bastante familiar en el mundo romano, es la de un general triunfante que lidera un desfile de victoria. El conquistador, cabalgando al frente de su carruaje, conduce sus tropas por las calles de la ciudad. Atrás de ellos sigue una compañía miserable de reyes, oficiales y soldados vencidos, los despojos de la batalla. Cristo, en esta

imagen, es el general conquistador; los poderes y autoridades son el enemigo derrotado exhibido como despojo de la batalla delante de todo el Universo. Para el observador casual, la cruz parece ser solo un instrumento de muerte, el símbolo de la derrota de Cristo; Pablo lo ve como el carruaje de la victoria de Cristo.

Haga en su mente una lista de sus pecados. Ahora clave esa lista en la cruz. Luego alégrese porque la sangre de Jesús lava su lista, sea un pecado grande o un millón de pequeños, sus pecados están perdonados. Sí, en serio, sus pecados. La gracia de Dios limpia todas sus acciones malas y usted queda perdonado y libre. Ya no necesita vivir en la prisión de su pasado sórdido.

La edición del 11 de marzo de 2011 del New York Times presentó la historia de Robert Salzman, un exprisionero de 51 años que pasó casi toda su vida adulta en la prisión. Cuando fue puesto en libertad en 2001, Salzman luchó para ajustarse a su libertad fuera de los muros de la prisión. No consiguió un empleo estable para pagar sus cuentas. Entonces, pasó a vivir en refugios para los sin techo donde apenas podía sobrevivir.

Su gran oportunidad vino en junio de 2010. Mientras Salzman andaba en tren en Manhattan, lo descubrió Rashaad Ernesto Green, un escritor y director que buscaba a alguien para interpretar el papel de exprisionero en su próxima película. En los meses que siguieron, Salzman no podía creer que estaba realmente libre de la prisión. Una vez, mientras filmaba con Green en una comisaría de Long Island, Salzman cayó exhausto y durmió en la alfombra de la celda. Cuando se despertó, estaba confundido y creía que todavía era un prisionero. Salzman comenzó a llorar de desesperación, hasta que lentamente recordó que realmente era un hombre libre. Podría salir de esa mazmorra húmeda cuando lo deseara.

No importa su pasado, usted puede encontrar liberación del pecado y de la condenación. Solo tiene que caminar hasta la cruz. En Cristo, usted es libre para experimentar el perdón y la libertad.

Entonces, ¿aceptará y recibirá el ofrecimiento de Cristo?

Conclusión

Dar tarjetas obsequio es la nueva tendencia en feriados y cumpleaños. Las tarjetas ofrecen al destinatario la opción de comprar lo que se desee en una determinada tienda. La desventaja de las tarjetas obsequio es que a veces tienen fechas de vencimiento. Más de una vez perdí la tarjeta, y recién la encontré después de que el monto había perdido la validez. Un día la tarjeta valía 100 reales y al otro día ya no valía nada. Yo había perdido la oportunidad de gastar ese dinero.

El regalo del perdón de Dios es como una tarjeta obsequio. Es más valioso que cualquier cosa en el mundo. Él lo compró con la vida de su Hijo y se lo ofrece a usted. Él implora que lo acepte. Si deja de usarlo, sin embargo, no tendrá valor. El precio que él pagó en el Calvario habrá sido en vano. Una tarjeta obsequio es un pedazo de plástico inútil, a menos que se lo use. De la misma forma, el perdón

de Dios puede ser un conjunto de palabras vacías a menos que sea redimido. No espere hasta que sea demasiado tarde. ¿Aceptará el regalo?

Llamado

La aceptación del perdón divino es el primer paso para el regreso a los brazos divinos. Muchos se apartan de Dios y de la iglesia porque no aceptan el perdón y la misericordia ofrecida por Dios y garantizada por el derramamiento de la sangre de su Hijo en la cruz del Calvario. ¿A cuántos les gustaría aceptar hoy ese perdón y experimentar la libertad tantas veces presentada en la Biblia? Si usted quiere experimentar ese perdón y decidir volver a la presencia de Dios, me gustaría orar por usted en este momento.

RESTAURADOS EN MEDIO DE LA DESILUSIÓN

Texto: Lucas 24:13-35

Introducción

Al final del holocausto, algunos eruditos judíos sobrevivientes decidieron llevar a Dios a juicio, su fe estaba afectada por tanto sufrimiento y terror, habían vivido momentos de dolor indescriptible. Uno de los sobrevivientes, Eliezer Wiesel, relata que uno de los momentos de mayor dolor fue cuando lo obligaron a presenciar el ahorcamiento de un joven, y escuchar detrás de sí una voz enojada que preguntaba: ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios ahora? Eliezer relata: "Escuché dentro de mí una voz que respondía: "¿Dónde está? Está aquí colgado en esta horca". Sus palabras eran más verdaderas de lo que sabía.

A través del texto de Lucas 24:13-35 recordaremos hoy algunas lecciones sobre como la presencia de Jesús en nuestra vida hará toda la diferencia al enfrentar momentos de dolor y angustia.

"Hacia el atardecer del día de la resurrección, dos de los discípulos se hallaban en camino a Emaús, pequeña ciudad situada a unos doce kilómetros de Jerusalén. Estos discípulos no habían tenido un lugar eminente en la obra de Cristo, pero creían fervientemente en él" (El Deseado de todas las gentes, p. 738).

Ese viernes, cuando las tinieblas se disiparon del Gólgota, Jesús gritó su triunfo y dio su último suspiro. Pero los que estaban reunidos alrededor de la cruz no reconocieron su victoria. Mientras Cristo estaba inmóvil, el calor del sol acariciaba su sangre derramada. Mientras los que habían creído en Jesús se apartaban de la escena, los dedos helados de la muerte apretaban sus corazones con un dolor paralizante que los dominaba. Manos afligidas prepararon su cuerpo frío para la sepultura y lo colocaron en la tumba. Su desesperación era tan profunda que nadie tuvo el menor pensamiento de resurrección. Cuando en la madrugada del tercer día las mujeres encontraron la tumba vacía, todavía nadie sospechaba de la resurrección. Parece que ellos no creyeron, aunque los ángeles les anunciaron que había resucitado. Y cuando Pedro inspeccionó la tumba vacía, en vez de creer, se fue pensando en qué había sucedido con el cuerpo de Cristo.

En verdad todos los que habían seguido a Cristo estaban todavía desesperados aquella tarde, aunque escucharon comentarios sobre la tumba vacía. Dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, ubicada a corta distancia de Jerusalén.

I - Un Dios compasivo que se acerca

"Jesús mismo se acercó" (v. 15).

Emaús era una ciudad poco mencionada, aquellos discípulos eran desconocidos, imaginen cuántas personas más importantes a los ojos humanos podrían recibir las noticias a través del mismo Jesús.

Nuestro Señor resucitado entendió perfectamente la confusión que había en sus corazones. El Cristo resucitado conocía no solo su ubicación geográfica, sino también el dolor de sus almas. El omnisapiente Salvador entendió.

La palabra omnisapiente suena tan cósmica y fría, pero el conocimiento de Jesús sobre sus seguidores es tierno y personal. Como escribió el salmista: "Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos" (Salmo 139:2, 3). Podemos sentirnos insignificantes y solos, pero cuando vemos a Jesús recién salido del trauma cósmico de la muerte y resurrección monitoreando los pasos y los latidos del corazón de un matrimonio desesperado, sabemos que también somos conocidos y amados.

Aquellos eran discípulos desconocidos para nosotros, pero amados y queridos para Jesús. Él siempre se acerca a quien sufre. Yo no sé exactamente en qué momento se encuentra usted, cuáles son las circunstancias que rodean su vida hoy, pero lo que fue verdad para los discípulos todavía es verdad hoy: Jesús siempre se acerca a los corazones que sufren.

II - Nuestra visión es limitada

"El mismo día" (V.13)

El mismo día, el domingo de la resurrección, era un día de festejar la victoria en la cruz, día de buenas nuevas, pero en la vida de esos discípulos solo había dolor y dudas, y las buenas noticias parecían delirios, tenían todos los motivos para sonreír, pero estaban llorando. Las buenas noticias de la resurrección no eran tan buenas para ellos.

Jesús se hubiera podido identificar inmediatamente, pero no lo hizo. Elena de White nos dice la razón:

"Si se hubiese dado a conocer primero, el corazón de ellos habría quedado satisfecho. En la plenitud de su gozo, no habrían deseado más. Pero era necesario que comprendiesen el testimonio que le daban los símbolos y las profecías del Antiguo Testamento. Su fe debía establecerse sobre estas" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 739).

Cuanto más Jesús les presentaba la Palabra, más rápido latían sus corazones. El extraño había establecido que el sufrimiento y la muerte no eran obstáculos para que Jesús fuera el Mesías, y ese hecho hacía que la afirmación de que Jesús era el Mesías fuera más confiable y convincente. El verdadero Mesías tuvo que sufrir. Su confusión y depresión se deritieron como hielo con los rayos del sol. Las Escrituras estaban más vivas que nunca para ellos.

Para esos discípulos el mayor dolor era la aparente indiferencia de Dios, pues ellos esperaban que Jesús fuera el libertador del yugo romano y ahora para ellos Jesús estaba muerto y Dios no había hecho nada para impedirlo. En los momentos de dolor, la mayor angustia muchas veces es la aparente indiferencia de Dios. Cuántas veces oímos que alguien nos pregunta: ¿Por qué Dios no responde, por qué él no actúa?

Jesús entonces aparece y hace una pregunta intrigante: “¿De qué están conversando?” Claro que Jesús sabía sobre quién estaban conversando, pero no parecía que era sobre el asunto de la cruz, pues para Jesús el asunto de la cruz era motivo de gloria y alegría, pero para ellos era motivo de decepción y angustia. Muchos de nuestros problemas son para nosotros motivos de angustia y desesperación, pero para Jesús es el inicio de grandes oportunidades y la posibilidad de que la gloria de Dios se vea en nuestra vida.

Para un joven el final de una relación de noviazgo puede ser motivo de dolor, pero para Dios una oportunidad de librarlo de un mal matrimonio. Para un hombre de negocios un emprendimiento frustrado puede ser motivo de desánimo, pero para Dios la oportunidad de liberación de un mal negocio. Muchas veces el dolor nos impide ver que los grandes sueños de Dios se están cumpliendo en nuestra vida.

La cruz era para ellos un motivo de vergüenza y rechazo. Pero para Jesús era el camino a la gloria y la mayor demostración que podría dar el cielo de cuánto ama Dios a la humanidad, de que Dios sabe cuánto sufrimos, de que él entiende nuestro dolor a pesar de que en esta vida no tengamos explicación, él lo entiende.

Jomni Eareckson en 1967 era una adolescente linda y atlética, pero sufrió un terrible accidente en una zambullida que la dejó cuadripléjica. Ella cuenta su historia con sincera honestidad, incluso sus épocas de amargura, ira, rebeldía y desesperación, y cómo gradualmente, a través del amor de familiares y amigos, llegó a confiar en la soberanía de Dios y a construir una vida nueva al dedicarse a pintar con la boca y dar conferencias públicas sobre la bendición de Dios. Cierta noche, más o menos tres años después del accidente de Joni, Cindy, una de sus amigas más cercanas, sentada al lado de la cama de Joni, le habló de Jesús, y le dijo: “Mira, él también quedó paralizado”. No se le había ocurrido antes que, en la cruz, Jesús sufrió un dolor parecido al de ella y quedó incapaz de moverse, prácticamente paralizado. Y ella recibió ese pensamiento profundamente animador. En la cruz, Cristo quedó paralizado por el extremo dolor de nuestros pecados.

III - Actitud humana ante el dolor

“Él hizo como que iba más lejos. [...] Quédate con nosotros, porque se hace tarde” (Versículos 18 y 29).

Muchas veces decimos: Ya es tarde, no hay más solución. Los discípulos vieron que llegaba la noche, y dijeron: Ya es tarde, quédate con nosotros. Cuando se hace tarde, cuando llega la noche, cuando las tinieblas rodean nuestro matrimonio, nuestros negocios, nuestros hijos, nuestra salud, podemos reaccionar de dos formas: podemos decir “Ya es tarde, no hay solución” o decir “¡Quédate, Jesús!” Y la presencia de Jesús disipará las tinieblas del dolor.

En Medio Oriente la actitud de invitar a alguien a su casa es una costumbre que culturalmente tiene algunos significados. La mayoría de las veces la comida es escasa; si alguien es invitado, tiene que ser alguien importante; y el momento de la comida es un momento importante para establecer lazos y vínculos con la familia que invitó.

Ellos no reconocieron a Jesús en el camino, solo lo reconocieron en la casa, cuando se sentó a la mesa; porque para ellos, ahora, Jesús ya no era solo un caminante que venía de Jerusalén. El hecho de haberlo invitado a su casa mostraba que ellos querían que ese aparente desconocido fuera un amigo e formara parte de la convivencia familiar.

No lo reconocieron a Cristo mientras andaban lado a lado por el camino, sino al invitarlo al círculo familiar. Muchos no conocen a Jesús hoy porque tienen solo una relación superficial. En el momento en el que usted permite que él conduzca su vida financiera, dirija sus negocios en sus mínimos detalles, cuando usted lo invita a formar parte de su familia y le pide que administre sus relaciones, entonces lo reconocerá y sentirá que su corazón arde como lo sintieron los discípulos de Emaús.

En realidad, Jesús esperaba una invitación de los discípulos de Emaús, pero él no forzaría su presencia. Dios les dio a los hombres el don más grande y peligroso del mundo, el don del libre albedrío; y podemos utilizarlo para invitar a Cristo a entrar en nuestro corazón o dejarlo pasar.

Haciendo como que iba más lejos, puso a prueba la disposición de los dos discípulos. Felizmente ellos reconocieron su oportunidad y la llevaron a cabo. El texto dice que “lo obligaron a quedarse”, obligar es más fuerte que invitar. Obligar es hacer lo que Jacob hizo la noche en que luchaba con el ángel: “No te dejaré si no me bendices” (Génesis 32:26). Podemos adivinar la respuesta de Jesús: “entró y se quedó con ellos”. Jesús no rechaza jamás una invitación sincera. Su promesa es: “entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Cleofas y su compañero en el camino a Emaús no se dieron cuenta de que era Jesús quien caminaba al lado de ellos, pero esto es también una realidad hoy. Ese mismo Jesús está caminando a vuestro lado, pues “no está lejos de cada uno de nosotros” (Hechos 17:27). Además, él prometió: “No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

Dos almas quedaron en llamas en la oscura Emaús. Jesús se fue, pero ellos sintieron su presencia. De lo contrario, ellos no hubieran corrido dejando la mesa; volvieron a Jerusalén con sus noticias dinámicas. Los palestinos sensatos no viajaban por caminos solitarios por la noche, podían encontrarse con ladrones y asaltantes, pero los dos discípulos no pudieron guardar sus noticias para sí mismos. Se levantaron en esa misma hora y volvieron a Jerusalén.

Conclusión

Tal vez, por los dolores y el sufrimiento que enfrentó en algún momento de la vida, usted haya decidido apartarse de los caminos de Dios. Hoy es el día de sentir al compañero divino a su lado, él lo invita a permitirle que transforme todos sus dolores en esperanza y perspectiva de vida y paz.

Hoy es el día de volver a los brazos de aquel que siempre estuvo a su lado, aun cuando usted no lograba ver o notar su presencia. Hoy es el día de permitir que él entre en su corazón una vez más para habitar eternamente allí.

En este exacto momento, Cristo sabe dónde estamos. Él conoce la geografía de nuestras vidas por dentro y por fuera. Conoce la temperatura de nuestras almas. Sabe si hay hielo o fuego. Cualquiera que sea nuestro estado, su método es el mismo, encontrarnos donde estamos con su propia persona encuadrada en el bello contexto de su Palabra.

La verdad vivificante y vigorizante es que Cristo sufrió y murió por nuestros pecados “de acuerdo con las Escrituras”. Y entonces, al tercer día resucitó de los muertos “conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3, 4).

En 1878 la enfermedad conocida como peste negra se difundió por Europa, las personas contagiadas tenían que aislarse de la convivencia de los demás familiares. En una de las casas, una joven contagiada fue aislada, lo que causaba dolor a la familia, y en especial a la madre. Un día la madre fue a visitarla y, separada por una cortina, escuchó a la hija que les preguntaba a los enfermeros: “¿Por qué mi mamá no viene a verme, ¿dónde está?”. La madre dominada por su amor corrió y abrazó a su hija sellando su destino con el de la hija.

En este mundo de dolor y sufrimiento, Jesús siempre escucha el clamor de sus hijos y en la cruz mostró que el cielo entiende nuestro dolor y sufrimiento y que nuestro destino está sellado con él.

Hoy nuestro camino puede conducirnos a “Emaús”. Tal vez estemos en el valle del desánimo o atravesando el áspero sendero del dolor; si esto sucede, podemos estar seguros de que Jesús está cerca, aunque nuestros ojos estén “cerrados” y no podamos verlo.

Llamado

Hoy me gustaría invitar a las personas que están atravesando un momento de dolor y desánimo. Tal vez, las personas que lo rodean no noten el camino solitario en el que usted se encuentra, pero si desea permitir que el Jesús del camino a Emaús camine a su lado, si usted desea que él entre en su corazón y en su casa y deje de ser solo un desconocido a lo largo del camino y sea un amigo íntimo y presente. Lo invito a ponerse de pie para orar por usted.

RESTAURADOS Y RESCATADOS

Texto: Lucas 15:1-3

Introducción

Sabemos por qué Jesús comió con “cobradores de impuestos y pecadores” (v. 1). Se preocupaba por sus almas. Estaban perdidos y esperaba recuperarlos. Jesús se autodenominaba “el buen pastor” (Juan 10:14), y buscaba ovejas perdidas. Y ¿qué mejor manera de hacerlo que compartir una comida?

Sin embargo, a los cobradores de impuestos se los consideraba un grupo de pecadores escandaloso. Por siglos antes y después de Cristo, los cobradores de impuestos eran odiados universalmente. En la cultura judía, se los excluía porque eran judíos traidores que habían vendido sus almas para comprar franquicias romanas de recaudación de impuestos para poder lucrar a costa de sus compañeros judíos. Se los odiaba en todos los sentidos. Las sinagogas no aceptaban sus limosnas. Su testimonio no era aceptado ni recibido en tribunales judíos. Eran considerados peores que los paganos. Como tales, junto con los “pecadores” necesitaban desesperadamente de redención.

Las únicas personas más escandalosas en este relato eran “los fariseos y los escribas” (v. 2), a quienes no les importaban ni un poco los pecadores a quienes Jesús intentaba rescatar. Los fariseos se sintieron chasqueados porque a Jesús les importaba, por eso estaban continuamente murmurando: “Este a los pecadores recibe, y con ellos come” (v. 2).

En el tiempo de Cristo, un noble podría alimentar a cualquier cantidad de personas necesitadas y de un nivel social inferior, como un gesto de generosidad, pero nunca comía con ellas. Jesús, sin embargo, no ofrece una cena y se aparta de las personas, él se sienta con ellas a la mesa y las recibe con amor.

El escándalo era que, como líderes de Israel, esos maestros de la Ley eran considerados copastores del Pastor, Dios. Pero ellos estaban fallando en su tarea, así como sus padres de la antigüedad fallaron cuando Ezequiel profetizó contra ellos. Alguien puede preguntarse si algunos de ellos recordaban la profecía de Ezequiel, por lo menos después de oír lo que Jesús estaba por decirles. Escuchen a Ezequiel:

“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ‘Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; y di a los pastores: «Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños?

[...] No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada, no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia»” (Ezequiel 34:1, 2, 4).

Entonces, Ezequiel presenta la solución con las siguientes palabras: “Porque así ha dicho Jehová el Señor: ‘He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad’” (Ezequiel 34:11 y 12).

El cumplimiento de la profecía de Ezequiel es claro: una vez que los copastores de Israel fallaron, Dios mismo pastorearía y rescataría a su pueblo. ¿Cómo lo haría Dios? La respuesta profética es tan sorprendente y dulce:

“Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado” (Ezequiel 34:23, 24). ¿Quién es ese David? No es el rey David, porque en la época de la profecía de Ezequiel, el rey David ya había muerto hacía más de quinientos años. Ese David no es otro sino el último hijo de David, el león de la tribu de Judá, Jesús, el Hijo de David e Hijo de Dios. Era a través de Jesús, el Buen Pastor, que Dios Padre pastorearía a su pueblo.

A lo largo de los años, muchas personas se apartaron de la iglesia porque los que deberían pastorear y cuidar, fallaron en su trabajo. Fue lo que sucedió con Mateo que a los veinte años decidió apartarse de la iglesia. Había nacido en un hogar cristiano, pero en su adolescencia comenzó a ver la incoherencia entre lo que su padre predicaba en la iglesia y lo que ocurría en su casa. La manera en la que lo trataba a él, a su madre y a sus hermanos no se parecía en nada a las lindas palabras que su padre pronunciaba desde el púlpito. Su padre siempre decía que deberían respetarlo porque era el sacerdote del hogar; y a medida que crecía, Mateo comenzó a sentir repulsión por el papel de sacerdote; el que debería cuidar estaba hiriendo y lastimando a su familia.

Cuando pudo tomar sus propias decisiones decidió apartarse de la iglesia y de todo lo que ella representaba. Pero su vida lejos de Dios lo llevó por caminos vacíos y desastrosos; no era feliz y no tenía paz. Y, para intentar esconder ese vacío, comenzó a involucrarse en vicios que lo hacían olvidar por algunos momentos el vacío en el que vivía.

Un día, afligido y sin esperanza, oyó un sermón sobre Cristo y comprendió que podía esperar el cuidado y el amor de Jesús, quien nunca le había fallado o decepcionado. A partir de entonces comenzó a volver a la iglesia. Eso es exactamente lo que Jesús presenta a lo largo del capítulo 15 del evangelio de Lucas. A través de tres historias emocionantes, Jesús afirma que vino a buscar y salvar a la humanidad perdida.

I - La moneda y la oveja

Ambas parábolas comienzan con el tema de la pérdida. Un pastor pierde una de sus ovejas: “¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas [...]?” (v.4), “y una mujer pierde una moneda” “¿O qué mujer que tiene diez dracmas si pierde una dracma [...]?” (v. 8). El pastor tenía un rebaño considerable de ovejas. Estaba moderadamente bien en la vida. En sus papeles, la pérdida de una sola oveja no afectaría mucho su propiedad. Por otro lado, la pérdida de la moneda fue muy grave para la mujer, porque ella aparentemente era pobre. La moneda, una dracma, costaba cerca de un día de sueldo para un trabajador, no es una gran cantidad; pero, aun así, una gran pérdida para la mujer. Tanto el pastor como la mujer inmediatamente comenzaron su búsqueda. Él buscaba porque cuidaba de sus ovejas, ella porque la moneda tenía un gran valor para ella. El buen pastor sabe qué animal indefenso está buscando. Sus instintos son virtualmente inútiles y patéticamente indefensos. Él pone su energía en la tarea.

Malcolm Muggeridge fue una figura famosa en la segunda mitad del siglo XX, crítico literario, personalidad de la televisión y portavoz cristiano. En una parte de su autobiografía describió cómo el cielo lo buscó cuando estaba lejos de los caminos de Dios. Él escribió:

“Tuve la impresión de que de alguna forma estaba siendo buscado”.

Sí, él estaba allá, lo sé... Por más que estuviera lejos y por más rápido que huyera, todavía por encima del hombro, yo lo vislumbraba en el horizonte, y entonces corría más rápido y más lejos que nunca, pensando triunfantemente: ‘Ahora escapé’. Pero no, allá estaba él viniendo detrás de mí”.

David describió lo mismo con las siguientes palabras:

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Salmo 139:7-10).

II - Cómo nos busca Dios

Dios nos está buscando y, así como en la parábola de Lucas 15, no desistirá hasta encontrarnos y traernos con seguridad de vuelta a su casa. Estoy convencido de que en algún momento de nuestras vidas escuchamos el llamado de Jesucristo a la puerta de nuestro corazón, aunque puede ser que no hayamos reconocido quién era. Porque hay muchas maneras diferentes por las cuales él nos busca y nos advierte cuando estamos en el camino equivocado y yendo en otra dirección.

A veces es por un sentimiento de vergüenza y culpa, cuando recordamos algo que pensamos, dijimos o hicimos y nos horrorizamos con las profundidades de la depravación en la que podemos hundirnos. O puede ser el pozo profundo y oscuro de la depresión, o el vacío de desesperación existencial, en donde nada tiene

sentido y todo es absurdo; o puede ser el miedo a la muerte o el pensamiento sobre el juicio final.

Podemos experimentar el éxtasis del amor inmerecido o el dolor agudo del amor no correspondido, porque sabemos instintivamente que el amor es lo más grande del mundo. En momentos cuando Jesucristo se nos acerca y usa la mano para golpear la puerta e invitarnos una vez más.

Si estamos conscientes de la búsqueda implacable de Cristo, y dejamos de intentar huir de él y nos rendimos a su abrazo de amor, no habrá espacio para jactarnos de lo que hicimos, sino solo para un profundo agradecimiento por su gracia y misericordia, y por la firme resolución de pasar el tiempo y la eternidad en su servicio amoroso.

Esta es la experiencia de cada hombre y cada mujer que vino a Cristo. Él sabe dónde estamos. Conoce sus ovejas por su nombre. Muchas veces nos encuentra por medio de sueños deshechos. Nuestros sueños se deshacen de dos maneras: una es no lográndolos, el matrimonio que deseábamos, el éxito que buscamos, el hogar perfecto. La otra es hacer realidad nuestros sueños, pero aun así encontrar un vacío persistente. El efecto es el mismo.

Una emisora de televisión americana entrevistó al mundialmente conocido artista pop Justin Bieber en el momento en el que estaba en la cima de la fama y aun así cada semana se involucraba en polémicas relacionadas a drogas y mujeres. El periodista quería saber por qué vivía de manera tan destructiva si había concretado el sueño de la fama y la fortuna. Su respuesta fue: "Llegué a la cima, y en la cima hay mucho vacío".

Muchas veces Dios nos encuentra en una condición en la que nos sentimos incompletos. Una sensación latente de pérdida y limitación. Y entonces viene el deseo de encontrarnos con Dios y ser encontrados. Usted ¿lo está buscando? Entonces sepa que él lo está buscando a usted.

III - La alegría del reencuentro

El final de las parábolas es idéntico al referirse a la alegría del reencuentro. Acerca del pastor, leemos: "Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: 'Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido'" (v. 5, 6). Y leemos sobre la mujer: "Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: 'Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido'" (v. 9).

El pastor es nuestro Salvador Jesucristo. Él toma a los pecadores perdidos en sus hombros poderosos y los lleva a su casa. Ya comenzó a cargarnos mientras estaba en la cruz, donde todos nuestros pecados fueron puestos sobre sus hombros omnipotentes. Jesús mismo hace la aplicación divina: "Os digo que así habrá más gozo

en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento" (v. 7). "Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (v. 10).

Dios se alegra en la presencia de sus ángeles cuando encuentra a los perdidos. A veces, los desinformados piensan en Dios como un mar inmenso e impasible. Pero esta no es la descripción del Dios de Jesús. El reencuentro tiene risas, alegría, abrazo y regocijo. Observe también que él se alegra más por un pecador que acaba de encontrar que por la multitud que está en su rebaño. Hay una alegría inicial viva que momentáneamente ofusca las alegrías establecidas, una alegría mayor por la seguridad de quien estaba en peligro, que por el que está seguro, así como la persona se alegra más por la recuperación de un niño enfermo, que por la salud de su familia.

Conclusión

Todos éramos pecadores y estábamos perdidos. "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino" (Isaías 53:6). "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios" (Rom. 3:10, 11). Pero Dios nos busca, y nos sube a sus hombros soberanos, que se extendieron en la cruz. Cuando creemos y nos arrepentimos, él carga nuestros pecados y nos lleva a casa mientras las constelaciones resuenan por la alegría divina.

Eso está poderosamente retratado en el canto "Sublime gracia" de John Newton.

"Sublime gracia del Señor,
de muerte me libró.

Perdido fui, me rescató;
fui ciego, me hizo ver".

[Versión en español Carlos A. Steger, HA, 303].

Llamado

¿Cuánto tiempo más se resistirá usted al llamado maravilloso de su divino Pastor?
¿Cuánto tiempo más negará la esperanza y la paz que brillan en medio de las dificultades de la vida? Hoy es el día del reencuentro con aquel que lo conoce desde su nacimiento y nunca renunció a usted, ni siquiera cuando usted mismo se rindió. Él está a su lado una vez más, llama a la puerta de su corazón una vez más.

Me gustaría invitar a que se pongan de pie los que quieren aceptar esta invitación divina. Los que quieren decir: "Señor, acepto tu llamado, ya no tienes que buscarme. Quiero bautizarme y unirme a ti en busca de los que, como yo, están alejados y sin esperanza".

Si ese es su deseo, póngase en pie, y me gustaría orar por usted.

RESTAURACIÓN PARA TODOS

Texto: Isaías 45:22

Introducción

Una de las descripciones más profundas que conozco sobre la grandeza del amor de Dios, fue escrita por un pastor llamado A. W. Tozer. Él escribió las siguientes palabras: “Porque Dios existe por sí mismo, su amor no tuvo comienzo; porque él es eterno, su amor no puede tener fin; porque él es infinito, su amor no tiene límites; porque él es inmenso, su amor es como un mar incomprensiblemente vasto, sin fondo y sin márgenes”.

La comprensión del amor de Dios y la manera en la que él expresa ese amor por nosotros, es la manera segura de vivir la vida cristiana. El texto de Isaías nos ayuda a entender ese amor en la práctica. El texto nos dice: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”.

Hoy estudiaremos tres aspectos de ese texto y comprenderemos cómo el amor de Dios nos lleva al camino de la salvación.

1º - Comprenderemos a quién debemos dirigirnos cuando el asunto es salvación.

2º - El medio que debemos usar para alcanzar la salvación.

3º - Para quién está disponible la salvación.

I - A quién debemos dirigirnos

¿A quién nos dice Dios que busquemos cuando el asunto es salvación? La respuesta está en la primera parte del texto: “Mirad a mí, y sed salvos”. Observe que Dios no dice: “Mire a su pastor y sea salvo”, ni tampoco “Mire a sus padres y sea salvo”, o “Mire a la persona que lo hirió en la iglesia y sea salvo”. ¡No! La solución para obtener la salvación es clara “Mire al Señor y sea salvo”. No hay ningún espacio para el orgullo humano, nuestra salvación no proviene de seres humanos, nuestra salvación viene del Señor. A él debemos mirar cada día. De él debemos esperar la salvación.

Muchos fueron lastimados en la iglesia y por eso se apartaron. Hoy la invitación divina es para que usted quite los ojos de las personas que lo lastimaron, pues, su salvación no viene de esas personas. Viene del Señor.

Por otro lado, algunas personas se apartan de la iglesia por mirarse a sí mismas, a sus errores y tropiezos; y llegan a la conclusión de que no logran vivir una vida cristiana genuina, y por eso es mejor abandonar la iglesia y seguir su propio camino. El texto bíblico de hoy también tiene la respuesta a ese pensamiento, pues el texto no dice: “Mírate a ti mismo y serás salvo”, sino que dice: “Mírame a mí”. Con frecuencia está viendo a Cristo, pero se mira a sí mismo. O usted dice: “Yo no me arrepiento lo suficiente”. Eso es mirarse a sí mismo. “Yo no creo lo suficiente”. Eso es mirarse a sí mismo. “Yo soy muy indigno”. Eso es mirarse a sí mismo. “Yo soy muy impío y no puedo regresar a la iglesia”. Eso es mirarse a sí mismo. Es correcto admitir que usted no es justo, admitir su impiedad y errores, pero está mal transformar esa admisión en impedimento para regresar a los brazos de Cristo.

Escuche a Dios diciéndole hoy: “Mírame a mí”. Él desea que usted desvíe sus ojos de sí mismo y lo mire a él. Lo más difícil del mundo para una persona es quitar los ojos de sí mismo; mientras viva permanecerá la tendencia de volver sus ojos hacia dentro y mirarse a sí mismo, al paso que Dios dice: “Mírame a mí”. De la cruz del Calvario, donde las manos ensangrentadas de Jesús derraman misericordia; del Jardín de Getsemaní, donde los poros del Salvador sudan perdón, viene el clamor: “Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra”. De la cumbre del Calvario, donde Jesús clama: “Está consumado”, escucho el grito “Mirad a mí y sed salvos”.

Una de las grandes realidades sobre la salvación es: “Mírese a sí mismo y usted será condenado”. Mientras usted se mira a sí mismo, no tendrá esperanza. La salvación no es una consideración de lo que usted es, sino lo que Dios considera y de lo que Cristo es. Se trata de desviar los ojos de usted mismo y ponerlos en Jesús.

Elena de White lo afirma con las siguientes extraordinarias palabras:

“Mediante el sacrificio que se hizo por nosotros, los pecados pueden ser perfectamente perdonados. No dependemos de lo que el hombre puede hacer; sino de lo que Dios puede hacer por el hombre mediante Cristo. Cuando nos entregamos enteramente a Dios, y creemos con plenitud, la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. La conciencia puede ser liberada de condenación. Mediante la fe en su sangre, todos pueden encontrar la perfección en Cristo Jesús. Gracias a Dios porque no estamos tratando con imposibilidades. Podemos pedir la santificación. Podemos disfrutar del favor de Dios. No debemos inquietarnos por lo que Cristo y Dios piensan de nosotros, sino que debe interesarnos lo que Dios piensa de Cristo, nuestro sustituto. Somos aceptos en el Amado. Dios muestra a la persona arrepentida y creyente, que Cristo acepta la entrega del alma para modelarla según su propia semejanza” (Mensajes selectos, t. 2, p. 36).

Oh, cuántos entienden mal el evangelio, imaginan que la justicia los califica para ir a Cristo, mientras el pecado es la única calificación para que un hombre vaya a Jesús. Vea, eso es todo lo que él exige de usted. Si mira a sí mismo, está condenado; usted y yo somos pecadores indignos y por ese motivo necesitamos un Salvador.

Entonces, la invitación divina es: mire al Hombre colgado en la cruz. Vea su cabeza agonizante inclinada mansamente sobre su pecho. Vea la corona de espinas que provoca que gotas de sangre se deslicen sobre su rostro. Vea sus manos perforadas y rasgadas, y sus pies bendecidos que sostienen el peso de su propia estructura, rasgados casi en dos por los clavos crueles. Escuche el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Lo escucha gritar: “Consumado es”? ¿Puede ver su costado perforado con la lanza, su cuerpo siendo retirado de la cruz? Esas manos fueron clavadas por usted; esos pies chorrearon sangre por usted; ese costado fue totalmente abierto por usted; y si quiere saber cómo puede encontrar misericordia, ¡ahí está! Mírelo a él y sea salvo.

Venga aquí y mire al Calvario, a la víctima del Calvario y a la tumba de José. Mire al Hombre que está en el trono sentado con su Padre, coronado con luz e inmortalidad. “Mire, pecador”, le dice hoy. “Míreme y sea salvo”. Dios enseña que no hay nadie más que él. Nos hace mirarlo directamente a él y alejarnos totalmente de nosotros mismos.

II - El medio que debemos usar para alcanzar la salvación

El segundo pensamiento es el medio de salvación. El medio es: “Mirad a mí y sed salvos”. Vea, no existe un hombre no convertido a quien no le guste eso. “Mirad a [Cristo] y sed salvos”.

Muchas veces queremos ir a Cristo como Naamán fue a Eliseo. Abra su Biblia en 2 Reyes 5:9-13. Cuando el profeta le dijo: “Ve y lávate siete veces en el Jordán”, él les dijo a sus siervos: “He aquí yo decía para mí: ‘Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra’”. ¿Pero la idea de decirme que me lave en el río Jordán, no les parece ridícula? Cualquier persona podría hacerlo. “Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote, lávate, y serás limpio?”.

El evangelio que debemos aceptar es sencillo. Solo “Mirar”. Pero usted puede protestar, “¿Eso es el evangelio?” ¿Por qué Dios ordenó que hagamos algo tan sencillo? La respuesta es: lo hace para que deje su orgullo y demostrarle que él es Dios y fuera de él no hay otro. Observe cuán sencillo es el camino de la salvación. Es “Mire, mire, mire”. “Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra. ¡Cuán sencillo es ese camino de salvación! ¡Y qué instantáneo! Demoramos un poco para mover la mano, pero una mirada no requiere un momento. Así, un pecador cree en un momento, y en el momento en el que el pecador cree y confía en su Dios crucificado y acepta el perdón, inmediatamente recibe la salvación completa por medio de su sangre. A partir de ahí, comienza su camino de transformación y santificación donde también tiene a Cristo como ayudador. El comienzo y fin de nuestro caminar es por medio de él.

Si usted tiene dificultad de creer en este evangelio, Martín Lutero puede ayudarlo. Él solía decir “el Dios oculto” versus “el Dios revelado”. Su consejo fue este:

"Si usted acepta al Dios revelado, al mismo tiempo se le dará el Dios oculto". En otras palabras, si usted acepta lo que está claro en el evangelio, Dios le dará más comprensión de lo que no está claro. Acepte el máximo posible de lo que logra comprender, y en su misericordia, Dios lo ayudará a dar el próximo paso en dirección a una seguridad más plena de lo que no es tan claro para su comprensión. Nunca nadie confió en Dios sin beneficiarse por hacerlo.

No hay vida, ni salvación, ni esperanza fuera de Dios, las encontramos solo en él. Nuestra parte es apartarnos de nuestros ídolos inútiles y volvernos al Dios vivo. Si realmente queremos, debemos experimentar la salvación porque Dios siempre será Dios para nosotros. El objetivo de la creación y de la historia es la gloria de Dios y nuestra salvación. En último análisis, lo principal en su salvación no es usted sino Dios. Él es fiel porque es Dios y debemos aceptarlo.

III - Para quién está disponible la salvación

Finalmente, observe cómo Dios anuló el orgullo del hombre y se exaltó por las personas a las que llamó a mirarlo. "Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra". Imagine a un israelita oyendo esto del profeta Isaías, y decir: "Era mejor que hubiera dicho: 'Miren a mí, oh Jerusalén, y sea salva'. Ahora, ¿quiénes son los términos de la tierra?

La expresión "términos de la tierra" demuestra el deseo de Dios de salvar a toda la humanidad. Los confines de la tierra también pueden ser aplicados a los que más se apartaron de Cristo. Tal vez usted puede decir hoy: "Yo soy uno de esos confines de la tierra, pues un día asistía la casa de Dios, pero reprimí las convicciones y aparté todos los pensamientos sobre Jesús, y ahora creo que él nunca más tendrá misericordia de mí. Fui demasiado lejos". ¿Es usted uno de los "confines de la tierra"? Entonces sepa que Jesús lo está buscando. La salvación está disponible y es gratuita.

Tal vez otra persona hoy diga: "No hay nadie en el mundo como yo, no creo que usted encuentre un ser debajo del sol que haya recibido tantos llamados y los haya dejado a un lado, y tiene tantos pecados sobre su cabeza". Entonces sepa que usted es uno más de los que están en los "términos de la tierra". Y una vez más clamó en el nombre del Maestro: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más". Pero usted dice que el pecado no lo dejará mirar. Yo le digo, el pecado será quitado en el momento que usted mire. "Pero no me atrevo; él me condenará; tengo miedo de mirar". Él lo condenará más si usted no mira. Confíe y mire; no permita que el miedo le impida mirar. "Pero él me rechazará". Pruebe. "Pero mis ojos están tan fijos en la tierra, en las cosas terrenales y mundanas". ¡Ay! Pobre alma, él te dará fuerza para mirar y vivir. Nos dice: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra".

Cristiano, en todos sus problemas, mire a Dios y será salvo. En todas sus pruebas y aflicciones, mire a Cristo y encontrará liberación. En toda su agonía, pobre alma, en todo su arrepentimiento por su culpa, mire a Cristo y encontrará el perdón. Recuerde poner sus ojos y su corazón en dirección al cielo .

Mire a Cristo; no tema él tiene las calificaciones necesarias para ser su Salvador.

Conclusión

Jesús vino para ser nuestro Salvador. Para ser nuestro sustituto. Para morir por nosotros. Pero, aunque Dios sea el único suficientemente puro para morir por nosotros, los dioses no mueren. Y aunque los mortales puedan morir, ningún hombre mortal podría ser el sacrificio sin pecado que la ley exigía para pagar por nuestros pecados. Ningún hombre común sería lo suficientemente puro y santo para llevar nuestros pecados. Ningún hombre común sería lo suficientemente puro y santo para llevar nuestros pecados y morir por nosotros.

Imagine la siguiente situación:

Digamos que usted está en el hospital y tiene programada una cirugía de alto riesgo. Entonces el médico entra en la sala de cirugías. En ese momento, usted descubre que él es un estudiante de medicina de 2º año. ¿A cuántos de ustedes les gustaría que un alumno de segundo año de medicina le realizara una cirugía?

Claro que a ninguno. ¡Usted quiere un cirujano de 40 años, con 90 años de experiencia! No quisiera que un cirujano no calificado use un bisturí en usted.

Ahora, cambiemos de escenario: usted tiene que someterse a una cirugía y el cirujano entra. Tiene suficiente experiencia. Pero en el momento en que entra, siente un olor desagradable y descubre que, además de médico, es criador de cerdos y vino a hacer su cirugía con un horrible olor a cerdos. Tiene olor a cerdo, tiene estiércol de cerdo en sus zapatos, hace días que no se lava las manos. ¿Aceptaría una cirugía así? ¿Permitiría que hiciera su cirugía? ¿No? ¿Pero por qué no?

Lo que usted quiere es un médico calificado para hacer la cirugía, pero lo suficiente limpio y puro para hacerla con seguridad. De la misma forma, Jesús como hombre era lo suficientemente mortal como para morir (estaba calificado), y lo suficientemente divino (puro) para pagar el precio.

Llamado

Hoy es el día de volver a los brazos del Señor que lo ama y lo salvó. Hoy quiero finalizar este mensaje orando por las personas que quieren tomar la decisión de bautizarse esta semana. Tendremos bautismo (mencionar el día). Si su deseo es tomar esa decisión, me gustaría invitarlo a ponerse en pie, y quiero orar por usted.

RESTAURACIÓN ETERNA

Texto: Juan 14:1-6

Introducción

Cuando Jesús pronunció las palabras del texto bíblico que leímos, los discípulos estaban afligidos y perplejos. Comenzaron a entender lo que Jesús estaba diciendo hacía tiempo sobre su muerte y sufrimiento. Después de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, Jesús dijo que sería traicionado y negado por uno de los doce. Ellos quedaron consternados, y en sus corazones ese problema era solo una sombra de la oscuridad que pronto vendría.

Conociendo la angustia de ellos, Jesús habló sobre el asunto y sus palabras se mencionan en el comienzo del capítulo 14: "No se turbe vuestro corazón". En el lenguaje original, esas palabras tienen un sentido de firmeza, determinación y convicción de un orden, aunque a partir del contexto entendemos que esas palabras probablemente fueron dichas con mucha amabilidad. La declaración de nuestro Señor no fue solo para sus discípulos, sino para todos los que lo seguirían. Si se entiende y aplica correctamente, Juan 14:1-6 es un buen remedio para nuestro corazón, pues también vivimos en una época de ansiedad. Un buen título para nuestros tiempos sería "La era cardíaca". Probablemente muchos de nosotros estamos hoy con el corazón atribulado. Hay un aumento en las tasas de criminalidad, aumento del costo de vida, crisis internacionales, corrupción política, aumento de la violencia, todo eso y mucho más produce una profunda preocupación en nuestros corazones. Y si eso ya no es suficientemente malo, también todos nosotros tenemos la tendencia a tomar problemas prestados, de imaginar que las cosas son peores de lo que son.

Los miedos imaginarios pueden ser mucho peores que la realidad. Ni los cristianos están inmunes a tener corazones atribulados, porque luchamos con una fe imperfecta y tratamos de ayudar a otros a llevar sus cargas.

Los disturbios del corazón son algo muy común. No existe clase social libre de eso. No hay barras, tornillos o trabas que impidan que ocurran. En parte por causas internas, en parte debido a lo que amamos y en parte por lo que tememos, la peregrinación por la vida está llena de preocupaciones. Hasta los mejores cristianos deben vaciarse de muchas copas amargas antes de alcanzar la gloria. Hasta el más sagrado de los santos considerará el mundo un valle de lágrimas.

La fe en el Señor Jesús es el único remedio seguro para los corazones afligidos. La receta que nuestro Maestro les ofrece a todos sus discípulos es creer con más intensidad, confiar con más intencionalidad y asirse con más firmeza.

I - No se turbe vuestro corazón, ¡crea!

Cuando Jesús dijo: “No se turbe vuestro corazón”, usó una palabra curiosa. La idea que transmite la palabra en su idioma original es: “No permita que su corazón se estremezca”. Es una palabra fuerte, y él les estaba diciendo eso específicamente a los discípulos (especialmente a la luz de la inminente cruz). “Puede parecer que su mundo se está cayendo, y todo está perdido, y la oscuridad los tragará, pero no permitan que su corazón se turbe”.

Luego les explicó cómo lograrlo: “Creéis en Dios, creed también en mí”. La manera de tener un corazón tranquilo es creer en Dios y creer en Jesús. Eso es todo lo que hay que hacer. Si tuviéramos en mente los atributos de Dios, su soberanía, su omnisciencia, su omnipotencia, nuestro corazón no se turbaría como suele suceder. El Señor sabía que necesitaríamos muchas explicaciones sobre lo que esto involucra, entonces comenzó a instruirlos específicamente sobre la naturaleza de la creencia que libra nuestros corazones atribulados.

Crea que él está preparando un lugar eterno para usted (v. 2).

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros”.

Una protección eficaz contra el problema del corazón es creer que Jesucristo está preparando un lugar eterno para nosotros. todos deseamos el cielo.

El escritor C. S. Lewis llama a esto “deseo inconsolable”. Él escribió lo siguiente:

“Hay ocasiones en las que pienso que no deseamos el cielo, pero con más frecuencia me pregunto si, en el fondo del corazón, alguna vez deseamos otra cosa... El cielo es la firma secreta de cada alma, el deseo incommunicable e insaciable, lo que deseamos antes de encontrar a nuestra esposa o de hacer nuestros amigos o de elegir nuestro trabajo, y que todavía desearemos en nuestro lecho de muerte cuando la mente no reconozca a nuestra esposa, amigo o trabajo”.

Tenemos un anhelo por el Cielo, ya sea que lo reconozcamos o no. Tenemos el deseo de vivir con Cristo. Jesús nos dice cómo se satisfará ese deseo insatisfecho: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay”. La idea es que él está preparando moradas permanentes para nosotros. Cuando la vida se desmorona, cuando los problemas nos asaltan, podemos encontrar consuelo y descanso para nuestros corazones atribulados en el hecho de que hay un hogar eterno preparado para nosotros. El médico cristiano Paul Tournier dijo cierta vez: “Si cuando era niño usted no conoció un hogar seguro, es muy probable que, a medida que pasa por la vida, independientemente de su residencia o de dónde quiera que esté, no se sentirá en casa. Pero, por otro lado, si cuando era niño estaba seguro y en casa, donde quiera que vaya, estará en casa”.

Tener una comprensión profunda y firme de que existe una morada eterna dará descanso a nuestras almas en medio de este mundo perturbado. Eso es lo que creo, y es lo que hizo del apóstol Pablo una fuerza tan poderosa, aunque su mundo continuara cayendo. No creo que alguien haya pasado por más pruebas y tribulaciones que Pablo, y tal vez nadie haya experimentado más del poder sustentador de Dios. Pero él tenía la siguiente ventaja sobre nosotros: “Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Corintios 12:2-4).

Pablo mismo no sabía si era una visión o una experiencia física literal, pero de alguna forma fue llevado al Paraíso, y allá vio las realidades celestiales. El mismo apóstol Pablo quien tuvo esa visión del cielo sabía que había un lugar real para él, pasó victoriosamente por una lista increíble de dificultades (vea 2 Corintios 11). Fue esa realidad la que hizo de Pablo un guerrero.

II - En la casa de mi Padre

Juan 14:2 nos dice que Jesús fue a “preparar un lugar” para nosotros. Ese es un elemento clave de nuestro consuelo. A muchos de nosotros nos gusta recibir huéspedes en casa y nos prepararnos con amor para recibirlos. Ponemos flores y libros que creemos que les van a gustar, y con amor les preparamos un cuarto. Jesús está preparando un lugar especial para cada uno de nosotros.

Cuándo planeamos vacaciones en familia simplemente ¿partimos sin preparación previa? ¡De ninguna manera! Conversamos con nuestros amigos sobre el lugar que elegimos para las vacaciones, examinamos mapas y hacemos las valijas. Cuánto más debemos prepararnos para la eternidad, pues nuestro hogar celestial será más maravilloso de lo que podemos describir con las palabras.

En nuestro mundo caído, podemos obtener alivio para nuestros corazones atribulados por el hecho de que Jesús nos llevará a estar personalmente con él. No solo el lugar será nuestro sino que también la persona, Jesús, será nuestra. Él nos garantiza: “Vendré otra vez”. En el Nuevo Testamento existen 318 alusiones o referencias directas al hecho de que el Señor volverá para llevarnos a estar con él personalmente. Lo veremos cara a cara. En 1 Juan 3:2 dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

Eso debe ser un gran aliento para nuestras almas. Aunque vivamos en un mundo de angustia y tribulación, aguardamos “la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13). Qué consuelo, Jesús nos llevará para estar con él.

El cielo es la “casa de mi Padre”: la casa del Dios de quien Jesús dice: “subo a mi Padre y vuestro Padre”. Simplificando, es una casa, la casa de Cristo y de los cristianos.

Esta es una expresión conmovedora. Todos sabemos que el hogar es el lugar donde, por regla general, somos amados tal como somos, y no por nuestros dones o posesiones; el lugar donde somos amados hasta el fin, donde nunca se nos olvida y siempre somos bien recibidos. Esa es una idea acerca del Cielo. Para los creyentes, esta vida es un país extranjero, una escuela; en la vida futura estarán en casa.

El Cielo es un lugar de “moradas”: moradas permanentes y eternas. Aquí en el cuerpo nos encontramos en tiendas y tabernáculos y estamos sujetos a muchos cambios. En el Cielo nos estableceremos definitivamente y no cambiaremos. “Porque no tenemos aquí ciudad permanente” (Hebreos 13:14). “Tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Corintios 5:1).

III - Ponga su fue totalmente en él

El Cielo es un lugar de “muchas moradas”. Habrá lugar para todos los creyentes y para todos los tipos de creyentes, de los pequeños santos a los grandes, del creyente más débil al más fuerte. Aun el hijo de Dios más débil no debe temer por la falta de un lugar en el Cielo. El Cielo es un lugar donde Cristo estará presente. Él no se contentará con vivir sin su pueblo: “Para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. No debemos pensar que estaremos solos e indefensos. Nuestro Señor, nuestro hermano mayor, nuestro Redentor, que nos amó y se entregó por nosotros, estará con nosotros para siempre.

Nuestro Señor Jesús concluye su declaración diciendo: “Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino” (v. 4). Tomás no entendió y en el versículo 5 preguntó (probablemente hablando por todos los discípulos): “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” Jesús respondió con una de sus declaraciones más citadas: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (v. 6). El corazón turbado necesita recordar que Jesucristo es todo. Él es “el camino, la verdad y la vida”. Las palabras de incentivo de Jesús vinieron antes de la cruz, y allá encontramos más ánimo, no solo en su poder salvador, sino en su demostración de amor divino. Y el amor de Cristo nos ve a través de este mundo perturbado.

En esta vida, todos tenemos experiencias dolorosas y sufrimiento. Job dijo: “Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción” (Job 5:7). Las pruebas son parte de la vida en la Tierra. Pero Cristo siempre nos dice en la oscuridad: “No se turbe vuestro corazón”. ¿Cómo? “Crean en Dios; crean también en mí”. Este es un mandamiento para creer en la garantía del versículo 6: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida”. Nos invita a que recordemos que pronto vendrá para llevarnos a vivir con él y eso será un remedio que curará nuestros corazones atribulados.

El Dr. James M. Gray expresó esto de manera bella en una canción que compuso años atrás: “¿A quién le importa la travesía cuando el camino lleva a casa?” La seguridad de un hogar celestial al final del camino de la vida nos permite soportar con alegría los obstáculos y las batallas a lo largo del camino. Esa seguridad animó has-

ta a nuestro Señor, “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz” (Hebreos 12:2). Pablo tenía esa verdad en mente cuando escribió: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Conclusión

Un vehículo de emergencia llega al lugar de un accidente automovilístico. Los paramédicos extraen un cuerpo del conjunto de acero retorcido y vidrio destrozado. La familia recibirá la información de que perdió a un precioso joven.

Todos los días esas tragedias ocurren por miles en todo el mundo. Las familias en llanto reciben entrevistas con preguntas realmente importantes. ¿Solo eso es lo que existe para vivir? ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué tenemos que pasar por experiencias tan terribles si Dios realmente existe? ¿Será siempre así?

Personas de todos los lugares luchan con esas preguntas, pero el hecho inevitable es que todos mueren. Y ¿qué hay más allá de la muerte? Algunos niegan el hecho de la muerte y solo la llaman un cambio de una forma a otra. En la visión de esos, todos tienen una esencia de vida eterna que se recicla, entonces la muerte no existe. Pero tales explicaciones ofrecen poco ánimo.

Necesitamos algo mejor que un pensamiento positivo, algo sólido en qué confiar. Necesitamos a Jesucristo. Él elimina las conjeturas, nos deja con una comprensión clara y generadora de fe sobre los fundamentos de la vida y de la muerte. El Jesús que vemos en las Escrituras es la respuesta a nuestros problemas. A él le importamos, él nos salva, y pronto regresará para llevarnos a su casa.

Llamado

Hoy es el último día de nuestra semana de decisión, hoy es el día de tomar la decisión más importante de la vida que es prepararnos para el pronto regreso de Jesús a esta Tierra. Me gustaría invitar a quienes quieren tomar esa decisión y quieren que sea pública a través del bautismo. El bautismo es la declaración pública de que estamos decididos a vivir una vida de comunión y preparación cada día para el pronto regreso de Jesús. ¿Cuántos quieren tomar esa decisión hoy?